

tian, yerno del famoso conde Bonifacio. Pero Sebastian, perseguido como su tío, buscaba para sí un asilo, y se unió luego con Genserico; el cual no obstante desconfió de él, ó se cansó pronto y aun resolvió matarle; pero quería tener para ello un motivo plausible y le buscó en la religion.

Propúsole cierto dia ante sus obispos y oficiales que los dos debian tener una misma fé y un solo culto, así como tenian un mismo interés (1). El conde Sebastian, ya sea que esperase esta proposicion maliciosa desde que vió disminuir su favor, ó ya por una súbita inspiracion de la gracia que le hizo resolverse á expiar su rebelion con una solemne confesion de su fé, pidió que le llevasen un pan de la mesa del rey. Entonces dijo: «para dar á este pan su sabor y blancura se ha separado el salvado de la harina, y la masa ha pasado por el agua y el fuego. Así, sacándome de la masa corrompida, he sido purificado en el agua del bautismo y confirmado por el fuego del Espíritu Santo. Principe, mandad dividir este pan, que le humedezcan en agua, que le amasen por segunda vez, y que vuelvan á cocerle; y si sale mejor, haré lo que quereis.» Demasiado comprendió Genserico la significacion del apólogo y no supo qué contestar; pero buscó nuevos pretestos, y poco tiempo despues quitó la vida á Sebastian. Este arte de privar á los mártires de la gloria de su triunfo, logró al menos oscurecer la del conde Sebastian; pues solo en algunos martirologios, cuyo descubrimiento debemos á los sabios autores de las actas de los Santos, se le halla contado en el número de los mártires (2).

La persecucion de Genserico habia sido violenta desde el principio de su conquista bajo el Pontificado de San Sisto; pero aun

(1) Viet. Vitens. lib. 1, cap. 6.

(2) Bolland. ad diem 27 Marti.

lo fué mas y duró mucho mas tiempo bajo el de su sucesor, pues Sisto III murió el 18 de agosto de 440, esto es, el año despues de la toma de Cartago por los vándalos. Cerca de ocho años ocupó la Cátedra de San Pedro, y la hizo respetar con su entereza y sus virtudes. Para conservar su jurisdiccion sobre la Iliria se sirvió de un prudente rigor contra los atentados de los obispos de Constantinopla, cuyas pretensiones se estendian cada vez mas desde el famoso cánón que les atribuía el segundo grado de honor en la Iglesia.

Sisto III escribió repetidas veces á los obispos de Iliria, diciéndoles que no se creyesen obligados á lo que el Concilio de Oriente; es decir, el segundo Concilio general habia querido mandar sin el consentimiento de la Sede Apostólica, á escepcion de lo que habia decidido sobre la fé con este consentimiento, y que no se creyesen sujetos á las leyes civiles publicadas en otro tiempo sobre el mismo objeto, pero revocadas hácia ya algunos años en vista de las reclamaciones del Papa Bonifacio al actual emperador Teodosio. A Atanasio de Tesalónica le eligió el nuevo Papa por Vicario de la Santa Sede, como lo habian sido sus predecesores, dándole como á ellos la potestad de examinar los sugetos propuestos para el episcopado; y que los metropolitanos podrian ordenarlos, pero jamás sin participacion del obispo de Tesalónica. «Las causas mayores, añade, serán tambien remitidas á este prelado con el derecho de elegir los obispos que las decidan con él ó sin él. Él será tambien el que convoque los Concilios cuando los crea precisos, y en vista de su relacion, la Silla apostólica confirmará lo que se haya hecho.» Al propio tiempo escribió Sisto á Proclo de Constantinopla, para que mantuviese los derechos del obispo de Tesalónica; y para darle un nuevo motivo, le participó que acababa de confirmar su sen-

tencia en la causa de Idduas. Es opinion que este era obispo de Smirna, y que juzgado por Proclo habia apelado al Sumo Pontífice.

Este piadoso Papa tuvo un grande celo por la magestad del culto y por el honor de la casa de Dios. Son de admirar los dones maravillosos con que en menos de ocho años de pontificado enriqueció la mayor parte de las principales iglesias de Roma. Tuvo el mérito de persuadir al emperador Valentiniano, tanto con sus ejemplos como con sus exhortaciones, á señalar con el mismo objeto su liberalidad y magnificencia. Julian de Eclana, tan desacreditado entre los ortodoxos y el apoyo principal del pelagianismo por mucho tiempo, tuvo aun el atrevimiento de intentar volver á su Silla. Creyó sorprender al Papa Sisto, que era indulgente y poco desconfiado; y para que le juzgasen convertido se habia escedido á sí mismo en el arte de afectar lo que estaba muy lejos de ser y en la práctica de las astucias que tan ordinarias eran en la mas artificiosa de todas las sectas que ha habido. En verdad, este lazo se habia dispuesto tan sagazmente, é infundió tantos sobresaltos á la piedad de los fieles, que su descubrimiento y la ignominia que atrajo á Julian, causaron, segun dice San Próspero, tanta alegría á los católicos como si la Iglesia Romana hubiera principiado entonces á confundir á la perfidia pelagiana. El Papa en esta ocasion se valió útilmente de los consejos de su arcediano Leon, cuyo eminente mérito brillaba mas cada dia, hasta que al fin llegó el momento de desplegarle en toda su estension.

Muerto el Papa Sisto á los ocho años y diez y ocho dias de Pontificado, segun dice San Próspero, es decir, el 18 de agosto del año 440, fué electo Leon, aunque estaba ausente, para sucederle. Habia ido á las Galias para reconciliar á Aecio con Albino, los dos capitanes del Occidente, cuyas di-

sensiones no eran menos perniciosas á la Iglesia que al imperio. Fué indispensable aguardarle cerca de cuarenta dias, lo que era una muestra de estimacion desconocida hasta entonces, y á la cual se añadió la de una diputacion pública. Era Leon oriundo de Toscana; mas se cree que habia nacido en la ciudad de Roma, á la que siempre llama patria suya.

Desde la elevacion de Sisto ó Xisto III á la cátedra apostólica, la Esposa de Jesucristo victoriosa ya de las heregias de Pelagio y Nestorio era aun despedazada por la division de los orientales. Afanóse mucho este sabio y santo Pontífice, y logró que cesase esta especie de cisma reconciliando á San Cirilo con Juan de Antioquia; pero era un bien para la Iglesia el que en su edad vigorosa tuviese casi siempre enemigos que combatir; que todos los articulos capitales de su creencia fuesen atacados sucesivamente, y que aclarándose la verdad por los mismos medios que al parecer debian oscurecerla, resultase una abundancia de luz capaz de ilustrar para siempre á los siglos venideros. Ya casi todos los misterios fundamentales de la fé cristiana habian sido combatidos por Arrio, Macedonio y Nestorio, sostenidos por una multitud de sectarios subalternos: ya la fé de la divinidad de cada una de las tres Personas, que son un solo y mismo Dios; la de la union personal de la naturaleza divina con la naturaleza humana, y la de la plenitud de nuestra redencion, habia triunfado de toda la sutileza herética en los Concilios de Nicea, Constantinopla y Éfeso.

Mas todavia era necesario declarar expresamente que la naturaleza divina, uniéndose hipostáticamente á la naturaleza humana, no se habia confundido con ella, y que el Ser infinito en todo género de perfecciones, el Ser inmutable era siempre el mismo despues de haberse anonadado en la

Encarnacion; esto es lo que le restaba que hacer al cuarto Concilio ecuménico, que debía al propio tiempo suministrarnos un preservativo muy especial contra el artificio de las sectas interesadas en reproducir el mismo error bajo diferentes formas. El falso celo que precipitó á Eutiques en la heregía contraria á la que se acababa de condenar, obligó muy pronto á la Iglesia á

convocar en Calcedonia este cuarto Concilio. Entretanto, habiendo cumplido felizmente su destino los pastores y doctores suscitados por la Providencia contra Nestorio, y estando casi todos al fin de su carrera, les dió unos sucesores no menos á propósito para hacer triunfar la verdad, así en el Trono pontificio, como en la mayor parte de las Sillas principales.

## DISERTACION

EXTRACTADA DE LO QUE ESCRIBIÓ

EL DOCTOR J. MARCHETTI

**Sobre si las costumbres de los cristianos de los primeros siglos forman tal contraste con las de los cristianos de nuestros dias que sea tan afflictivo para estos últimos como lo pretenden ciertos autores.**

Los historiadores aparentan á cada paso estar en continua plañidera por lo que llaman decadencia y conducta de la Iglesia y relajacion de la disciplina y de la moral. Este lenguaje es comun á los protestantes que han creído ventajoso desacreditar las actuales costumbres de la Iglesia y ensalzar por el contrario y desmedidamente las de los primeros siglos; han visto serles útil encomiar la antigua Iglesia que ya no podía dañarles, y envilecer la Iglesia de su tiempo que veían armada para condenarlos. No negaré yo que los siglos modernos estén llenos de grandes desórdenes, y que los primeros siglos lleven alguna ventaja á los nuestros; pero lo que sí negaré es que el desarreglo de nuestras costumbres deba atribuirse al cambio de disciplina, especialmente respecto de la penitencia. Si el uso de las penitencias canónicas fuera un medio seguro para impedir el desorden en las costumbres, seguiríase de aquí, contra lo que nos atestiguan todas las historias, que los siglos de la edad media habrían sido los mejores en punto á las costumbres, porque entonces cabalmente fué cuando se multiplicaron tanto los cánones penitenciales que puede muy bien decirse no habia pecado alguno exterior á que no se esterdiesen. Despues hubo quienes creyeron que los que habian cometido mas pecados debían sufrir tantos años de penitencia como estaban prescritos para cada uno de estos pecados; de manera que pudiera muy bien suceder que alguno se viera obligado á miles de años de penitencia. Pues bien, los que así pensaban, y que pareceme no eran teólogos laxistas, fueron los verdaderos destructores de las penitencias canónicas. La esperiencia y la constitucion natural de los hombres muestran que cuando se quiere que una ley no sea observada basta hacer innecesariamente difícil su ejecucion. Desde el momento en que se cayó en este absurdo, fué preciso recurrir á esplicaciones y compensaciones, y con toda esa multitud de penitencias canónicas que todavia estaban en vigor hasta el siglo XII, entonces mismo y en los tres ó cuatro siglos precedentes, fueron mas, indudablemente mas, los malos cristianos que en ningun otro tiempo. Luego no es esa la causa del desorden en las costumbres, y los hechos han destruido siempre los sistemas.

En cuanto á los fieles de los primeros tiempos, convengo en que tuvieron grandes medios para ser mejores que nosotros. No hablo de los que tuvieron la dicha de ver á nuestro Señor Jesucristo, y oír su celestial doctrina, y ser testigos de sus ejemplos y de sus milagros; que muy bien se deja conocer lo mucho que esto debía servirles para arribar á la perfeccion. Despues de la Ascension del Divino Maestro vemos en la Iglesia crecido número de personas, llenas del Espiritu Santo y dotadas del don de milagros, mostrarse servorosamente solícitas en predicar el Evangelio. Vemos realizado en esos cristianos lo que el Señor habia predicho, á saber, que harían milagros mucho mayores que los que él mismo habia hecho. Una palabra, un signo, la sola sombra del cuerpo de los primeros fieles bastaban para lanzar los demonios, restablecer la salud y mandar á la muerte. Las profecías, las visiones, el don de lenguas y otros hechos milagrosos permanecieron en la Iglesia durante dos siglos enteros; mirábaseles como un efecto ordinario de la Confirmacion. Pueden consultarse acerca de esto los Hechos de los Apóstoles (1), Abbadie (2), y la primera Epístola de San Pablo á los corintios (17, 1). Despues de la mitad del primer siglo se ven referidos como sucesos muy comunes y ordinarios los milagros de los primeros cristianos. El Apóstol llega hasta prescribir á los corintios el modo que habian de observar cuando en la iglesia se hablaban lenguas estrañas, se interpretaban las Escrituras, se profetizaba; en una palabra, un método reglamentado de hacer milagros. Quiere que no haya mas de dos ó tres que hablen esas clases de lenguas, y que otros las interpreten; que dos ó tres revelen los acontecimientos futuros y que entonces calle el que antes hablaba. Despues del tiempo de los Apóstoles, las cartas que á principios del siglo II escribió San Ignacio mártir á los de Filadelfia, á los trallianos y á los romanos, prueban que todavia duraban en la Iglesia los milagros. A principios del siglo III probaba San Ireneo á los hereges valentinianos la

(1) Act. 8. 1. 2. 20. 23. 21. 4  
(2) Trat. de la Relig. crist. t. 2. c. 12.